

Jesús y Muhammad en el Año Internacional del Niño

por Mikel de Epalza

Este año de 1979 ha sido declarado por la ONU "Año Internacional del Niño". El Islam y el Cristianismo tienen ambos una importante y positiva doctrina para apreciar y defender al niño, con todos sus derechos. Musulmanes y cristianos pueden, por tanto, tomar en sus respectivas tradiciones religiosas justificaciones para apoyar todo lo que su recta conciencia y la opinión de otros muchos hombres y mujeres del mundo desean realizar para mejorar la situación actual de los niños en nuestra humanidad.

En estas líneas sólo se quiere presentar un aspecto de la vertiente religiosa del problema: la infancia de esos dos sublimes personajes religiosos que son Jesús y Muhámmad. No es una comparación, aunque se presta. Es simplemente ver cómo el relato vivido de su respectiva infancia, en cada una de las dos comunidades de creyentes, contribuye a valorar al niño y sus derechos.

La infancia de Jesús

La infancia de Jesús, tal y como la presentan los evangelios cristianos, tiene varias vertientes o constantes temáticas.

Hay, en primer lugar, una constante afirmación del origen de Jesús en su pueblo, el pueblo judío, por la afirmación de su ascendencia real, del origen de David, y por el respeto a todas las leyes minuciosas de

la religión y prácticas judaicas: ofrecimiento en el Templo, circuncisión a los ocho días, etc.

Esta inserción en su pueblo corresponde también a la esperanza judaica en un Mesías salvador. En este sentido, Dios hace que —como el pueblo judío— sea desterrado a Egipto y vuelva como hijo muy querido a la Tierra Prometida. Aunque sabemos que la esperanza mesiánica no tuvo en Jesús la realización de esplendor política que esperaban muchos judíos, ya desde niño Jesús se presenta como salvador de su pueblo y del mundo entero.

En efecto, prodigios como su nacimiento virginal y los anuncios de Gabriel, de Isabel y de Simeón, son una manifestación de su origen divino. La fe cristiana ve en la adoración de los pastores en Belén y de los Reyes Magos de Oriente un símbolo de la adoración universal de todos los hombres a ese niño que será su salvador, no en este mundo, sino en la vida eterna.

Pero este aspecto glorioso se ve compensado por la pobreza del nacimiento fuera de su casa, en una cueva, por el rechazo de alojarles en la posada de Belén, por la persecución de Herodes a todos los niños de pueblo y por la huida a Egipto de toda la familia. La persecución y el dolor, signo constante para el Cristianismo, se manifiesta ya en la infancia de Jesús.

Por eso los cristianos, al celebrar ahora la infancia de Jesús, experimentan al mismo tiempo la gloria de ese niño, la gracia salvadora que les trae y una ternura compasiva hacia sus desgracias infantiles. La Navidad, gran fiesta del Occidente cristiano —en Oriente y en la primitiva Iglesia se celebraba y se celebra sobre todo la Epifanía o adoración de los Reyes— simboliza el respeto al niño, imagen de Jesús el Niño-Dios de los cristianos, el que se hagan regalos como símbolo de las gracias salvadoras que trajo Jesús y que se procure defender a esos niños de las calamidades, insistiendo en la limosna y en la solidaridad humana, especialmente en los días de la Navidad.

La infancia de Muhámmad

La infancia de Muhámmad viene orientada también por su fidelidad al ambiente familiar: la noble pero no muy adinerada familia de La Meca. Junto a la nobleza de origen y de sentimientos de su familia, Muhámmad niño tiene que heredar también toda una serie de tragedias y de desgracias familiares.

Nace huérfano. Su madre Amina tiene que desprenderse de él para darle de criar a una beduina. Al recuperarlo a los cinco años, muere a los pocos meses, de vuelta de un viaje. Recoge a su hijo el noble y generoso abuelo paterno Abd al-Mutálib, pero éste desaparece a su vez y el cuidado del niño pasa a la familia de su tío Abu Tálib, que le trata como

a un hijo y encuentra en el huérfano correspondencia y ayuda en las estrecheces económicas por las que pasa la familia.

La vida de este niño es como la de todos los niños de su ambiente árabe, pero con unos signos divinos que indican ya su futuro destino: premoniciones, circuncisión de nacimiento, prosperidad de los que le rodean, etc. Tiene sobre todo unas cualidades morales que le preparan para su futura misión. Aprende bien el árabe ciudadano de La Meca y el beduino de su ama de leche Halima, con sus mejores y más nobles costumbres. Mostrará desde pequeño cualidades de paciencia y de sensatez. Su orfandad le predispone a confiar en Dios únicamente. Su honradez le valdrá la confianza de su familia y de sus conciudadanos. En todo será el modelo sencillo de sus futuros seguidores, que siempre podrán considerarle, aun antes de la Revelación divina, como el ejemplar perfecto de rectitud humana y de fiel musulmán, sometido a Dios.

Por eso los musulmanes, al celebrar con cantos religiosos y oraciones el Nacimiento del Profeta, viven intensamente la providencia divina, que se ocupa de los niños, huérfanos y desamparados y les provee de generosos protectores en esta vida. Viven también la sumisión al plan divino que prepara desde niño los destinos de los hombres. Y celebran cada año en esa fiesta el inmenso don divino de la Revelación, que Dios quiso enviarles por medio de ese hombre que hablaba su lengua y era uno de ellos, Muhámmad Ibn. Abdallah.

Conclusión

La infancia de Jesús y la de Muhámmad tienen sus semejanzas y sus caracteres específicos, como las de todos los niños del mundo. La forma como lo viven sus respectivas comunidades de creyentes debería contribuir más y más, especialmente en este año mundial del Niño, a que musulmanes y cristianos colaboren con todos los demás hombres en mejorar el estado de los niños, en el mundo entero.

